

á las cinco de la tarde. En las demás iglesias habrá las prácticas piadosas y sermones que se han acostumbrado otros años, y que oportunamente se anunciarán.

Recordamos á los padres y madres de familia, á los preceptores y maestras, á los dueños de haciendas y establecimientos industriales y mercantiles, á los amos en general y á todos los que tienen subordinados en cualquier orden que sea, la estrecha obligación que les incumbe, no sólo de cumplir ellos mismos con el precepto pasqual, sino también de hacer que lo llenen todos aquellos que les están sujetos, y de darles á este propósito, ó procurar que se les dé, la competente instrucción. Mandamos asimismo á los Curas Párrocos, que en el informe correspondiente á este semestre, pongan con toda exactitud el número de fieles que en sus respectivas feligresías hayan cumplido con el referido precepto.

Mandamos que este Edicto sea leído *inter missarum solemniam* en nuestra Santa Iglesia Catedral, en todas las parroquias, iglesias, capillas y oratorios de nuestra diócesis, el primer domingo después de recibido, y os damos á todos, Hermanos é Hijos nuestros, la bendición pastoral.

Dado en nuestro Palacio episcopal de Monterrey, este Domingo de Quincuagésima, 27 de Febrero del año del Señor de 1881.

✠ IGNACIO,  
OBISPO DE LINARES.

## CARTA PASTORAL

SOBRE LOS RECIENTES ATENTADOS DE ROMA Y EL ÓBOLO  
DE SAN PEDRO.



NÓS, EL DOCTOR Y MAESTRO DON IGNACIO MONTES DE  
OCA Y OBREGÓN, POR LA MISERICORDIA DE DIOS  
Y LA GRACIA DE LA SANTA SEDE  
APOSTÓLICA, OBISPO DE  
LINARES.

A NUESTRO VENERABLE CABILDO, AL CLERO SECULAR Y REGULAR Y AL  
PUEBLO TODO DE NUESTRA DIÓCESI,

SALUD Y BENDICIÓN.

—•••—  
*Venerables Hermanos é Hijos Nuestros:*

**D**ESDE que llegó la primera noticia de los luctuosos acontecimientos que han dado motivo á esta Carta, tuvimos cuidado de hacéroslos saber por medio del *Semanario Religioso* de nuestra diócesi. El aislamiento en que la mayor parte de vosotros os encontráis en estas fronteras, os ha hecho por necesidad indiferentes, no sólo á lo que pasa fuera del país, sino aun á muchos de los sucesos que se verifican en el centro ó en el sur de nuestra propia República. Hay, empero, escenas que, aunque tengan lugar muy lejos de

nuestro territorio, nos conciernen de una manera especial, y deben llamar la atención aun de los que nunca sueñan en andar á caza de nuevas, ni se preocupan con lo que pueda acontecer fuera del estrecho círculo á que suelen dirigir sus miradas. Tales son los ultrajes inferidos á los sagrados restos del santo Pontífice Pío IX, de gloriosa recordación para el mundo, de dulce memoria para los mexicanos, la infausta noche del trece de Julio de este año, que ojalá fuera dable borrar de los fastos de la historia.

Al ultrajar al Pontífice difunto, se ha herido igualmente al Pontífice vivo; y cuando la Cabeza se encuentra magullada por los sacrílegos golpes de frenéticos malhechores, ¿no brotará sangre de todos y cada uno de los miembros que de ella dependen? Miembros somos, Hermanos é Hijos Nuestros, de la Santa Iglesia Católica, salida del costado de Jesucristo, y cuya Cabeza visible es el Romano Pontífice, nuestro soberano Jefe y Señor. Atroz injuria se le ha hecho al insultar las venerandas cenizas de su mansísimo Predecesor. Con este acto salvaje y brutal se han remachado las cadenas que ya oprimían sus augustas manos, y se han doblado los cerrojos que hace ya diez años han convertido el Vaticano en intolerable prisión. ¿Y habrá un solo católico que no se conmueva al oír tan infaustas noticias? ¿Habrà uno solo que no se sienta inflamado de indignación al saber los atentados cometidos en derredor del augusto cadáver del que por tantos años fué nuestro Pontífice? ¿Habrà uno solo que al ver remacharse las cadenas que ligan al Vicario de Cristo, no se esfuerce por romperlas, aunque sea con fervientes oraciones, como los primeros cristianos?

Hé aquí por qué hemos juzgado nuestro deber comunicaros oficialmente las tristes noticias que ya casi todos sabéis; tanto más, cuanto que Nuestro Santísimo Padre el Papa León XIII, acaba de prorrumper en sentidos lamentos en el solemne Consistorio que se reunió en el Vaticano el día 4 del próximo pasado Agosto. Aunque sus quejas se dirigen al Sacro Colegio de Cardenales, deben llegar también á vuestros oídos. Escuchad, pues, la parte de la alocución del Sumo Pontífice, en que trata de los dolorosos sucesos.

“VENERABLES HERMANOS:

“Hemos resuelto convocar en derredor Nuestro vuestro augustísimo Colegio, y aprovecharnos de la ocasión que Nos ofrece la creación de nuevos Obispos, para abriros Nuestra mente, y comunicaros el dolor que Nos han causado los crímenes atroces é inauditos, que hace pocos días se cometieron en esta Dominante, al verificarse la traslación de las cenizas de nuestro Predecesor Pío IX, de santa memoria. No bien pasó este suceso, tan inesperado como escandaloso, cuando ordenamos al querido Hijo Nuestro, el Cardenal Secretario de Estado, que lo comunicara sin tardanza á los Soberanos de Europa. No obstante, la injuria inferida á Nuestro grande Antecesor, y la violación de Nuestra pontificia dignidad, Nos obligan absolutamente á levantar la voz en este día, para que públicamente se confirmen por Nós mismo los sentimientos de Nuestra alma, y comprendan las naciones católicas, que por todos los medios que están á Nuestro alcance, hemos vindicado, tanto la memoria del varón santísimo, como la majestad del Pontífice Máximo.”

Este enérgico exordio del valeroso León XIII, en medio de los peligros que lo rodean y de los males que lo amenazan, os prueba, amados diocesanos, que el Pa-

pado conserva su vigor y lozanía en medio de las pruebas más rudas. Aunque abandonado de casi todos los Soberanos de la tierra, á ellos se dirige el Pontífice con aquel brío, con aquella majestad, con aquel imperio, que sólo da la conciencia de una autoridad superior. Aunque los pueblos han perdido aquel fervor antiguo que, si todavía los animara, los haría volar al socorro de su augusto Jefe, venciendo todos los obstáculos y saltando todas las barreras, á ellos habla el Pontífice con la misma confianza, con la misma solemnidad que aquellos Predecesores Suyos á cuyo llamamiento acudían en tropel las naciones para libertar el sepulcro de Cristo. Gregorio VII, cuando el depuesto Enrique IV se venía á postrar á sus plantas, no hubiera hablado con mayores bríos: seguid, seguid escuchando Su voz majestuosa.

“Pío IX, como bien sabéis, Venerables Hermanos, ordenó que su cuerpo fuese sepultado en la Basílica de San Lorenzo fuera de los muros. Cuando llegó el tiempo de ejecutar en esta materia Su voluntad suprema, después de advertirlo á los que están encargados de velar por la seguridad pública, se determinó que el cadáver fuese transportado de la Basílica Vaticana en el silencio de la noche, y á la hora en que suele haber mayor quietud. Se decidió, además, que el fúnebre cortejo no se ordenase con aquel aparato que corresponde á la dignidad pontificia y á las leyes de la Iglesia, sino con el que pudiera permitir la actual situación de la ciudad de Roma. Pero la noticia del suceso se difunde repentinamente por toda la Ciudad; y el pueblo romano, recordando los beneficios y las virtudes de tan gran Pontífice, espontáneamente manifiesta que quiere dar público testimonio de su adhesión suprema y filial piedad al que fué su padre. Tal manifestación de agradecimiento y de amor, iba á ser, bajo todos aspectos, digna de la gravedad habitual y de la religiosidad del pueblo romano; pues no se trataba más que de acompañar decentemente el fúnebre convoy, ó de formarle al pasar espesa valla de piadosos espectadores.

“A la hora y el día señalados, salió la pompa fúnebre del Templo Vaticano, rodeada de una inmensa multitud de todas las clases de la sociedad, que se le juntó en las calles y en las plazas. Gran número de varones piadosos rodeaba el ataúd; un número mayor lo seguía con paso grave y actitud pacífica. Al recitar éstos las oraciones propias de las circunstancias, no hubo ni una palabra, ni el menor ademán que pudiera herir la susceptibilidad de alguno, ó provocar á la multitud en lo más mínimo. Pero hé aquí que, desde el principio, una banda bien conocida de facinerosos empezó á perturbar con descompasados gritos la lúgubre ceremonia. Pronto creciendo en número y en audacia, esparcen por todos lados el terror y redoblan el tumulto, profieren blasfemias contra las cosas más sagradas, y con silbos y denuestos acogen á los personajes más insignes; y con el gesto, y con la voz, y con coléricos ademanes asaltan amenazadores y rodean en actitud hostil el lúgubre convoy, atacando á sus individuos á golpes y á pedradas. No sólo, sino que yendo aun más allá que ningún pueblo salvaje, no perdonan siquiera á los sagrados despojos del santísimo Pontífice. No se contentan con prodigar atroces injurias al nombre de Pío IX, sino que arrojan piedras al carro fúnebre que conducía las sagradas reliquias, y piden á gritos que se arrojen al viento las insepultas cenizas. Este horrendo espectáculo se prolongó por el trayecto de muchas calles y durante el espacio de dos horas; y si no se llegó al último extremo, debe atribuirse á la moderación de aquellos que, aunque provocados con toda clase de insultos y de ataques á viva fuerza, prefirieron sufrir con paciencia tantas injurias, antes que permitir que acontecimientos aun más funestos acabasen de perturbar el cumplimiento de aquel deber sagrado de piedad.”

No olvidéis, amados diocesanos, que las palabras que anteceden no provienen de algún orador exaltado, de algún periodista inclinado á la exageración, de algún hombre de partido que, por denigrar al contrario, sea capaz de cometer inexactitudes voluntarias. No: son verdades, ¡ay! puras verdades, proferidas por los labios del Padre común de los fieles, del Pontífice Máximo en el

momento de ejercer uno de los actos más sublimes de su jurisdicción, y en presencia del más augusto Senado que el mundo conozca.

Mientras lamentáis el nefando crimen de los sacrílegos que insultaron á Pío IX hasta en su ataúd, admirad el digno comportamiento de los católicos que con hechos, y no como sus enemigos, con vanas palabras, han mostrado el respeto que todo hombre debe á la muerte, todo católico á los despojos del que fué su jefe, todo romano al que fué su padre, más bien que su rey, durante su larguísimo pontificado. ¡Ah! Mientras sólo relaciones particulares llegaron á nuestros oídos, no cesamos de abrigar la esperanza de que hubiese en ellas exageración. Nos parecía imposible que tratándose de un Pontífice tan justo, tan santo, tan manso, como fué Pío IX, se pudiese llegar á tales excesos. Pero ahora que el Pastor de los Pastores ha hablado, ¿quién abrigará la menor duda sobre los tristes hechos que no se han atrevido á negar ni aun los más interesados en hacerlo? Así lo dice el afligido León XIII: seguidlo escuchando.

“Estos hechos, conocidos de todos, y confirmados por documentos públicos, ni siquiera pretenden negarlos ó disimularlos aquellos á quienes interesa. Donde quiera que los ha llevado la fama, no sólo han llenado de tristeza las almas de todos los católicos; sino que han excitado la más espontánea indignación en todos los hombres en cuya estimación algo vale el nombre de humanidad. De donde quiera nos llegan cada día cartas execrando tamaña infamia y crimen tan inaudito.

“A Nós más que á nadie ha sumergido en el mayor afán y angustia de ánimo, el grave y nefario acontecimiento. Nuestro deber nos impele á defender la majestad del Romano Pontificado y la veneranda memoria de Nuestros antecesores: por tanto, Venerables Hermanos, en vuestra presencia denunciarnos y lamentamos el horrible atentado, y pedi-

mos cuenta de la injuria á aquellos sobre quienes recae la culpa de no haber defendido contra el furor de los impíos, ni los derechos de la Religión ni la libertad de los ciudadanos.

“Por lo que acaba de pasar conozca el orbe católico á cuánto monta la seguridad que se Nos deja en Roma. Era ya bien conocido y sabido que Nos hallábamos reducidos á una condición dura, y por muchos motivos intolerable; pero el reciente suceso de que hablamos, lo ha manifestado más y más y colocado bajo una luz todavía más clara; y ha demostrado al mismo tiempo, que si son amargas Nuestras actuales circunstancias, más amargo aún se Nos presenta lo porvenir.

“Si la traslación de las cenizas de Pío IX por la Ciudad ha dado lugar á tan indignas conmociones y tumultos tan graves, ¿quién puede asegurar que la audacia de los malvados no sería igual, si Nos vieses caminar por Roma de una manera conveniente á Nuestra dignidad? Esto tanto más sería de temerse en el caso que juzgasen que se les había dado causa para ello, porque Nuestro deber Nos hubiese obligado á condenar leyes injustas promulgadas en Roma, ó á reprender públicamente alguna otra injusticia. Por lo cual más y más se comprende que Nós no podemos permanecer en Roma de otro modo, sino cautivo en el Palacio Vaticano. Más aún: quien atentamente pondere ciertos indicios que de aquí y de allí se desprenden, y piense al mismo tiempo que las sectas se han conjurado abiertamente para la destrucción del nombre cristiano, podrá no sin causa afirmar que se están madurando designios todavía más inicuos contra la Iglesia de Cristo, el Sumo Pontífice y la fé que los Italianos heredaron de sus abuelos.

Por lo que á Nós toca, seguimos cuidadosamente, como es Nuestro deber, los pasos de esta guerra siempre creciente, y al mismo tiempo estamos ponderando lo que más pueda convenir para la defensa. Colocada en Dios toda Nuestra esperanza, estamos resuelto á combatir hasta el extremo por la incolumidad de la Iglesia, por la libertad del Pontífice, por los derechos y la majestad de la Sede Apóstolica; y en esta lucha ni habrá trabajo que evitemos ni dificultades que Nos arredren. Ni hemos de salir solo al combate, porque para todo y sin reserva alguna, contamos, Venerables Hermanos, con Vuestro valor y vuestra constancia. Y Nos sirve de consuelo no leve y de socorro no despreciable por cierto, esa adhesión y religiosidad de los Romanos, que rodeados de asechanzas y solicitados con toda clase de artificios,